

Juan Manuel

El que escribe atrevese a creer que si la labor de Cultura Hispánica dentro del país se redujera, en un inventario general, a los homenajes que anualmente realiza destacando la figura y enfatizando el nombre del artista, científico, escritor, periodista u hombre de acción dentro de la sociedad en que se mueve, el saldo sería favorable, aun prescindiendo de cualquiera otra actividad. Esta labor fue colocada dentro del plan general no por la Directiva actual, sino por la que hace 10 años le precedió. Bien es verdad, que desde entonces, el hecho se ha repetido sin falla alguna, conscientes los actuales directivos de la bondad y necesidad que conllevan tales menesteres.

Vivimos en un país donde los gritos de los estadios y las aclamaciones políticas ensordecen el ámbito nacional y fijan la atención del conglomerado sobre aquellos que practican ambos quehaceres. Tal situación contiene, por su arquitectura misma, el olvido y la marginación de todo ciudadano que, alejado de tan populares razones, no logre siquiera la satisfacción de saber el efecto, respeto y valía que ha logrado al través, generalmente, de una vida dedicada a un oficio, arte, estudio y disciplina en general.

Así hemos asistido a numerosos actos en que los homenajeados han palpado, de primera mano, algo muchas veces superior al rendimiento económico —precario por lo general— logrado por el duro trabajar y con la completa entrega en silencio, de sus habilidades y talentos a distintos ramos del hacer humano. Desde el poeta egregio, el viejo maestro, el científico extranjero pero cuya obra está involucrada en el historial nacional, del antropólogo de avanzada edad y deteriorada salud, hasta el humilde y modesto gran artista, pasando por el periodista antiguo que todavía, pese a los años, quiebra lanzas en la hoja diaria en un notarial documento de vivencia plena y de ánimo batallador. Tales homenajes han tenido el respaldo de las más altas autoridades del país, desde el Primer Magistrado, los Ministros anejos al quehacer, hasta ciudadanos anónimos, amigos y admiradores del homenajeadado, que aprovechan la noche para hacer, con su presencia, una declaración de que la labor no se ha perdido en el desolado silencio de las masas.

En estos días nos ha tocado asistir a uno de los más característicos que hayamos presenciado, por tratarse de una personalidad que ostenta el peregrino y honroso distintivo, de que a su aureola no han contribuido ni el lingote del periódico, ni la voz de la radio ni la imagen televisada. Se trata pues, más que de una fama, de un profundo respeto permanente y nacional, sin que para su existencia se haya hecho necesaria la gravitación vocinglera de la propaganda. Se ha recogido no un sentimiento avivado y extendido como las bondades de un producto, sino un criterio íntimo, una actitud general y silenciosa, alrededor de uno de los más modestos, y por ello, más definidos y sólidos cultivadores del arte, como función suprema del hombre.

Juan Manuel, este pequeño ser humano que ya ha sobrevolado por encima de los sesenta años, es, dentro del conjunto de artistas que vienen atesorando para la patria lo que ésta requiere como ahorro de riqueza verdadera y auténtica. Entedemos el progreso de una nación, no solamente el grado de su holgura económica sino también, y como cosa imprescindible en el país "avanza" cuando todo ese crecimiento es armónico, en cuanto a riqueza y moral, en cuanto al afinamiento y robustez de sus arcastrabes legales, de la educación de sus ciudadanos en el aspecto del patrón de conducta que



José
María
Cañas

los horma, en función también en que el país puede contar con cultivadores de las diversas manifestaciones artísticas. Los Estados Unidos, al llegar a su cúspide de poder, entendieron la necesidad de polarizar y enfatizar la cultura, y lo están consiguiendo con juventudes entusiasmadas y bien encaminadas, que acuden a las grandes fuentes del quehacer artístico. Un hombre completo no lo es, mientras su acción se limite a ganar los más hermosos bollos de pan que estén puestos a la venta.

Dentro de esa tesitura, los escritores, escultores, pintores, filósofos, ensayistas, músicos y muchos cultivadores de otras ramas del arte, deben darse en proporción idéntica —mejor podríamos decir, "armónica"— para hablar definitivamente de un avance real, tangible a nuestros sentidos y valorizable dentro del orgullo nacional de ver el fenómeno total. No es el número de automóviles el que marca el paso firme del progreso. El diagnóstico sobre este aspecto se reduciría a asegurar que "hay muchos automóviles". Pero el respeto por la ley, la abundancia de trabajo serio y dedicado, la proliferación, en el campo del pensamiento, de figuras señeras, la aglutinación de artistas en todas las ramas, y el avance a ojos vista de una conducta social intachable en lo particular y en lo nacional, nos asegura que estamos puestos en un sendero eficaz y exacto de adelanto.

Juan Manuel, es un paradigma de estos quehaceres, pese a su modesto vivir, a su humilde expresión como humano. Del taller del imaginero Zúñiga, en San Pedro, han salido valores de tan insólito peso específico, que constituye uno de los grandes viveros de la patria. Juan Manuel procede, como Zúñiga, nuestro escultor de proyección continental, de la misma "mata", como dicen los campesinos. Escultor de refinado gusto, de imaginación revolucionaria; oidor del lenguaje de nuestras canteras y de la música de nuestros troncos volteados; de su mano y de su talento, han salido numerosas obras de altísima calidad. Dibujante de línea tierna y alada, en numerosos libros las ilustraciones han concretado los temas con un estilo "suígeneris", que lleva, aparte de las iniciales del autor el espíritu de toda la obra del maestro, sin que sea necesario preguntar su procedencia.

Pintor y poeta y músico, y de esta última disciplina podemos decir que es la íntima, sus versos, siendo modernos, tienen ese sello de la sinceridad y de la exégesis, en forma entendible a pesar del surrealismo de la forma.

Por muchos años, se han ido acumulando en el santuario de su estudio, con un desordenado aglutinamiento, una delicada y refinada cosecha de piedras, lienzos y maderos. Pero de todo ello, lo que le hace más respetable en su hacer artístico, es la labor con la dureza muerta del granito, por ser el acto de domeñarlo, transformarlo y darle un sentido hablado, el más duro de los oficios y el más bravo de los propósitos.

Esta circunstancia reconforta a que este pequeño ser de imaginación exuberante, mano firme y valeroso ímpetu puede transformar piedra golpeándola con un cincel y un martillo, da la medida exacta del poder del hombre frente a la naturaleza. Siendo la gubia y la madera

dos elementos que pueden encontrarse para crear una forma inteligible al conocimiento humano, con un mensaje de emoción o de piedad, el circuito que forman el cincel y la piedra resulta más silenciosamente emocionante. La obra de arte renacentista está trazada sobre mármoles duros, pero América escogió la piedra como material noble, que es mucho más áspera que la materia europea. La piedra podríamos considerarla tal un verdadero elemento autóctono que le da perfil al artista que la burila, o solamente la forma dentro de ideas emocionales del trabajador. El oficio toma entonces una importancia tanta o más que el arte en sí. La idea queda por debajo de la batalla manual. Realizar en tan adversas condiciones, antepone la presencia de un creador de gran alzada, pero al mismo tiempo de un temple humano, de insólita audacia y terquedad.

Ha sido pues, testigo de su propia valorización, este Juan Manuel, en la noche que junto a él, se congregaron personas de disímil procedencia, sentadas todas ellas sobre el denominador común de la admiración por el artista.

Un caso como el de este genuino cultivador lleva implícita la presencia de una vida generosamente encaminada por el más abrupto camino y por el más atormentado y acongojante quehacer. Es posible que para realizar su obra personal, haya tenido que concurrir al desempeño de puestos humildes. La gran batalla impone el sacrificio de las pequeñas luchas por la vida. Pero de toda la integral visión del noble y sólido valor nacional, queda solamente, borrando todas las vicisitudes del vivir cotidiano e insoslayable, una concepción valerosa de una guerra contra el elemento, contra las limitaciones y exigencias del arte, realizadas íntimamente, y como gozo profundo y posesivo, en una morbosa búsqueda de la condición más ruda y más hostil. Que así es como se forjan los grandes espíritus, y es así como se levanta entre los ciudadanos la admiración y el respeto de que hoy goza este delgado, triste y magnífico Juan Manuel.